

á desaparecer muy pronto de esta región del continente americano, en que había sido implantada con todo género de dificultades. Los mismos hombres que en el campo de batalla disputaban todavía el último jirón á los descendientes de los mayas, convertían con frecuencia los ojos hacia los países á que habían emigrado sus mujeres y sus hijos, y sentían que el arma se les deslizaba del brazo al considerar que podían perecer en una lucha desesperada, lejos de los seres más queridos de su corazón.

CAPÍTULO IX

1848

Reacción en favor de la raza civilizada.—Examen de las causas que la ocasionaron.—Las fuerzas de la cuarta división comienzan á avanzar en dirección al Oriente, haciendo retroceder constantemente á los sublevados.—Ocupación sucesiva de Izamal, Sitalpech, Tunkas, Cenotillo, Tixbaká y Ditas.—Obtiene iguales resultados la primera división, que opera en el Sur, y ocupa sucesivamente á Sacalum, Muna, Ticul, Chapab, Mani, Pustunich, Yotholin, Oxkutzcab, Akil y Tekax.—Operaciones de la tercera división en el Centro, y de la segunda en la Sierra Baja.—Los indios son batidos sucesivamente en Zavala, Sotuta, Tecoh, Homún, Cuzamá, Huhí, Teabo, Mama, Tabi y Yaxcábá.—Encuentros notables enlazados con estos sucesos.

En medio del abatimiento y la postración á que había llegado la raza civilizada de la Península, el gobernador Barbachano y el general Llergo se resolvieron á adoptar medidas enérgicas para tentar el último medio de salvación. El país estaba próximo á hundirse, y era necesario saltar por toda clase de consideraciones para impedir su ruina. La primera medida á que se apeló desde luego, fué la de remover de sus destinos á algunos de los jefes principales, que por culpa suya ó por obra de las circunstancias habían venido retrocediendo constantemente delante de los bárbaros, acabando con la poca fe que quedaba á nuestro pequeño ejército. Don José del Carmen Bello fué reemplazado en el mando de la cuarta división con el coronel D. Juan José Méndez, y D. Alberto Morales en el mando de la primera con el coronel D. José D. Cetina. Los dos

nuevos jefes eran barbachanistas; también lo eran D. Pablo Antonio González, D. Sebastián Molas, D. Tomás Peniche Gutiérrez y algunos más que fueron ascendidos por la misma época; pero unos y otros se habían ya distinguido en la campaña lo bastante para justificar estos ascensos, y todavía con el tiempo debían distinguirse más, reconquistando á la civilización el terreno que le había usurpado la barbarie.

Otro recurso á que se apeló, poco antes de la desocupación de Izamal, fué el de enajenar las alhajas de los templos, que nadie quiso recibir empeñadas en la isla de Cuba, adonde fueron llevadas. Esta medida se hizo entonces absolutamente indispensable, no para pagarle al soldado su prest, porque hacía mucho tiempo que no tenía ninguno, sino para proporcionarle pan y vestuario. A fin de que la resolución no causase ningún sobresalto á los espíritus timoratos, el *Boletín oficial* de la época, al ponerla en conocimiento del público, decía de las referidas alhajas lo siguiente: «Ellas son donaciones de los antiguos fieles; el fruto del trabajo de los padres de este pueblo, que está al morir de hambre y bajo la cuchilla del salvaje. Dios sin las alhajas no dejará de existir, y el pueblo sí por falta de recursos. Entre Dios y nosotros, los últimos somos los que más necesidad tenemos de ese oro, de esa plata y de esas piedras preciosas; remítase, pues, todo ello y más, si se puede, á otro país, á los Estados Unidos, que están á un paso de nosotros, y hágase una verdadera enajenación. No debemos ya parar en los medios de salvarnos. *Salus populi, suprema lex esto*. La salud del pueblo es la primera de todas las leyes» (1).

Coincidieron las medidas que acabamos de indicar con algunas otras circunstancias que necesariamente debían ser favorables á la raza civilizada. Consideramos como la

(1) *Boletín oficial*, número 12.

primera y principal de todas la simpatía, ó cuando menos la menor antipatía, que abrigaban hacia los blancos los indios de Mérida y sus inmediaciones, incluyendo en éstos los partidos de Motul, Izamal, Tecoh y Muxcanú. Estos indios se hallaban desde los tiempos de la Colonia en contacto más inmediato que los demás con los descendientes de los españoles; y si se tiene presente que la aversión de las dos razas principales que habitan la Península dimana en gran parte del aislamiento á que las condenó el gobierno de la Metrópoli, fácilmente se comprenderá el origen ó la causa del sentimiento á que hemos aludido. El fruto de este hecho etnológico, que no fué debido ciertamente á la previsión de nuestros antepasados, hubo de recogerse en el año 1848, en los momentos en que los bárbaros del Sur y del Oriente tocaban casi á las puertas de la capital del Estado. Porque entonces los indios á que antes hemos hecho referencia, comenzaron á presentarse al gobierno, manifestándole que deseaban contribuir con todos sus esfuerzos á la defensa de la civilización, porque se sentían indignados de los excesos á que se entregaban los salvajes. Muchos números del periódico oficial de la época se hallan atestados de manifestaciones hechas en este sentido y cubiertas con centenares de firmas. El gobierno aceptaba siempre estas ofertas y concedía á los que la firmaban el título de *hidalgos*. El sabor aristocrático de esta palabra, que podría halagar un poco á los indios, iba acompañado de otra remuneración más positiva, porque incluía la exención de la contribución personal (2). Y los generosos *hidalgos* se hicieron ciertamente muy acreedores á esta recompensa; porque, como vamos á ver en el resto de nuestra narración, ellos regaron con profusión su sangre en los campos de batalla, en defensa de la civilización.

(2) *Colección*, de AZNAR, tomo III, página 208, nota.

Fácilmente pudieron calcularse desde entonces las consecuencias de la conducta que habían abrazado los indios de la parte más civilizada de la Península. Los bárbaros se habían acostumbrado desde el principio de la guerra á que, á medida que avanzaban hacia esta región, los indígenas del territorio invadido venían á engrosar sus filas; pero luego que pisaron sus límites, se encontraron en terreno completamente enemigo. Los individuos de su raza, no solamente estaban comprometidos en gran número con los blancos, sino que en algunas partes habían demostrado claramente cuáles eran sus sentimientos, aun antes de saber las recompensas que se les acordarían. En Tunkás, los indios de la población habían batido á los bárbaros; los de los pueblos situados más acá de Izamal, habían prestado de muy buena voluntad sus servicios á los blancos, aun después de la desocupación de aquella ciudad, y, por último, algunos de Ticul, presididos por su cacique, habían salido de la plaza juntamente con las fuerzas del gobierno.

Hubo, finalmente, otra circunstancia que en los últimos días de mayo, á que ha llegado nuestro relato, debía favorecer la reacción de que vamos á ocuparnos en seguida. Había comenzado la estación de las lluvias, y en consecuencia la época de las siembras y las desyerbas, de que el labrador no puede prescindir, so pena de condenarse á morir de hambre en el año que siga al de su omisión. Ahora bien; como en Yucatán la inmensa mayoría de los indios se halla dedicada especialmente á la labranza, casi todos los sublevados se vieron en la necesidad de abandonar la campaña para correr al cuidado de sus sementeras, luego que los primeros aguaceros de la estación hubieron humedecido la tierra. Acaso si D. José del Carmen Bello se hubiera aguantado tres días en Izamal, y ocho ó diez en Ticul D. Alberto Morales, ninguna de estas dos plazas importantes hubiera caído en poder del enemigo. Los hechos vinieron á confirmar muy pronto esta conjetura.

El coronel D. Juan José Méndez, que se había replegado á Cacalchén después de la desocupación de Izamal, comenzó á dictar las disposiciones necesarias para impedir el avance de los sublevados, luego que tuvo en su poder el nombramiento de jefe de la cuarta división. Con este objeto hizo ocupar el pueblo de Tekantó con 400 hombres, que puso á las órdenes del teniente coronel D. Tomás Peniche Gutiérrez, y los de Kimbilá y Citilcum con otra fuerza poco mayor, cuyo mando confió accidentalmente al capitán D. Lázaro Ruz, por enfermedad del teniente coronel D. Sebastián Molas. Peniche y Ruz se ocuparon desde luego de mandar espías á Izamal, con el objeto de reconocer las posiciones del enemigo, porque el gobierno estaba vivamente interesado en la recuperación de aquella plaza importante; pero no fué poca su sorpresa cuando los espías volvieron asegurando que los indios, después de haber incendiado las casas de paja de la ciudad, robado las tiendas y rezado á la Virgen, se habían retirado en grandes masas con dirección al Oriente. Peniche y Ruz no tenían instrucciones para emprender todavía ninguna operación; pero llevados de su ardor y del deseo de infundir la fe en el ánimo de sus soldados, ambos se pusieron de acuerdo y ocuparon simultáneamente á Izamal en la mañana del 2 de junio, después de haber dispersado á algunos grupos de sublevados que se ocupaban todavía de robar en los establecimientos de comercio (3). Ni el jefe de la división ni el gobierno se atrevieron á reprobar este movimiento, que causó una impresión saludable en todo el Estado, y el primero se trasladó desde luego á la ciudad recuperada, con el resto de las fuerzas que estaban bajo su mando.

Desde este momento ya no se trató más que de ir avanzando hacia el Oriente, con el objeto de arrancar á los bárbaros el terreno que habían conquistado. Un destacamento

(3) *Boletín* citado, número 18.

de cincuenta hombres, puesto á las órdenes del teniente D. Liborio Cervantes, ocupó el pueblo de Sitilpech, en el cual fué encontrada una abundante provisión de víveres. También fueron activamente explorados otros pueblos y haciendas de las inmediaciones, y después de algunos encuentros de poca importancia con los bárbaros, fueron recogidas las provisiones que se hallaron, y traídas á Izamal.

El buen éxito de estas operaciones preliminares animó al coronel Méndez á intentar el ataque de Tunkás, donde se hallaban reunidos los indios que habían huído de Izamal y sus inmediaciones. Con este objeto puso á las órdenes del teniente coronel Peniche Gutiérrez una sección compuesta de 1.200 soldados y 200 hidalgos, la cual salió de aquella ciudad en la tarde del 9 de junio. Esta fuerza se vió obligada á detenerse en la hacienda Chachac, porque los bárbaros, que estaban apoderados de ella, intentaron oponerse á su paso. Pero dispersados por tres guerrillas que Peniche destacó sobre ellos, la fuerza expedicionaria continuó su marcha, al rayar el alba del día siguiente, hacia el punto final de su destino. Ningún obstáculo encontró al principio; pero como una legua antes de llegar á Tunkás hubiesen comenzado á molestarla las emboscadas y trincheras del enemigo, el jefe de la expedición destacó dos secciones, que puso á las órdenes del primer ayudante Vergara y del capitán Reán, con el objeto de que flanqueasen á los bárbaros y atacasen á Tunkás por el Norte y por el Sur. Entonces él mismo se dirigió con el resto de la fuerza por el camino principal, y después de haber quitado dieciocho trincheras al enemigo y causándole innumerables destrozos, se posesionó del pueblo, juntamente con la sección de Vergara, que llegó á tiempo para tomar parte en la acción (4).

(4) El mismo *Boletín*, número 25.

Esta victoria hizo concebir al coronel Méndez el designio de establecer un cantón avanzado en Tunkás, y la medida no pudo ser más acertada, porque diariamente salían del campamento varias partidas, que siempre volvían cargadas de víveres y prisioneros. También se presentaban frecuentemente grupos de indios desarmados, que no habían tomado parte en la sublevación ó que negaban al menos haberla tomado, y que inmediatamente volvían á entregarse á sus ocupaciones habituales en los pueblos ó haciendas de su antigua vecindad. En cuanto á los sublevados, continuaban replegándose hacia el Oriente, aunque sin ánimo, ciertamente, de renunciar al terreno perdido, porque comenzaron á acumularse en grandes masas en Cenotillo, con el objeto de intentar un ataque sobre Tunkás. Pero fracasó de pronto este proyecto, porque 400 hombres, puestos á las órdenes de D. José M. Vergara, cayeron súbitamente sobre aquel pueblo en la mañana del 20 de junio, y se apoderaron de él, después de un reñido combate, en que murió un centenar de sublevados (5).

No habiendo sido posible, sin embargo, conservar á Cenotillo, para no fraccionar demasiado las fuerzas de la división, los bárbaros volvieron á ocuparlo, y habiendo aumentado su número con los refuerzos que recibieron de Citás y otros pueblos orientales, en la mañana del 26 se descolgaron en dos distintas direcciones sobre Tunkás. El teniente coronel Peniche ordenó que saliesen á batirlos algunas guerrillas, y aunque aquel día ahuyentaron á los agresores hasta á una legua de distancia, causándoles algunos destrozos, á la mañana siguiente volvieron á presentarse en número más considerable y con mayor arrojo. En el acto comenzaron á levantar trincheras en todos los caminos, exceptuando solamente el de Izamal, y el jefe del cantón quiso aprovechar esta circunstancia para comunicar á D. Juan

(5) Número 35 del mismo *Boletín*.

José Méndez la situación en que se hallaba. Pero los cosa-
cos con quienes envió su nota no pudieron pasar de la
hacienda Chacbac, de la cual estaban apoderados un buen
número de bárbaros. Tampoco pudo pasar de la misma ha-
cienda, y por el mismo motivo, una pequeña fuerza que
salió de Izamal para auxiliar al pueblo sitiado. Entonces el
jefe del cantón se vió obligado á defenderse con los pocos
elementos que poseía, y habiendo sacado de la plaza varias
guerrillas que atacaron á retaguardia á los sublevados, éstos
huyeron despavoridos por los caminos que habían traído,
después de un reñido combate, en que perdieron una á una
sus trincheras (6).

El entusiasmo que reinaba entre los jefes, oficiales y sol-
dados de la cuarta división, se reanimó con este nuevo
triunfo, y muy pronto comenzaron á hacer sus preparati-
vos para atacar á Zitás, pueblo que puede ser considerado
como la llave de los partidos de Valladolid, Tizimín y Es-
pita. Con este objeto se trasladó á Tunkás el coronel don
Juan J. Méndez, y dispuso desde luego la salida de dos sec-
ciones, una de 600 hombres, que puso á las órdenes del te-
niente coronel Peniche, para recuperar á Cenotillo, y otra
de 400, que confió al primer ayudante Vergara, para atacar
el paraje Labchén, donde se hallaba atrincherada una con-
siderable partida de sublevados. Ambas fuerzas cumplie-
ron bizarramente con la misión que se les confió, y después
de haber destrozado á los bárbaros en algunos encuentros
que tuvieron con ellos, se reunieron el 2 de julio en Ce-
notillo, donde hicieron un botín no despreciable de muni-
ciones de boca y de guerra.

Aunque esta operación había tenido por principal objeto
el ataque de Zitás, el incansable Peniche Gutiérrez se di-
rigió previamente á Tixbaká, pueblo situado hacia la costa
septentrional de la Península, y cayó súbitamente sobre él,

(6) *Boletín* citado, números 39 y 40.

haciendo huir despavoridos á los sublevados, que apenas
osaron defenderse. Pero esta expedición costó un poco cara
á la fuerza que había quedado en Cenotillo á las órdenes
del comandante D. Manuel F. Meso, porque fué sitiada por
otras hordas de bárbaros, que no permitieron entrar un
auxilio que salió de Tunkás. Meso hubiera sido allí víctima
de los indios, á no haberse presentado oportunamente, de
vuelta de su expedición á Tixbaká, la fuerza mandada por
el teniente coronel Peniche, el cual rompió el sitio, entró
en la plaza y obligó á huir dos días después á los agresores.
Desde este momento, ya no ofreció serias dificultades la
ocupación de Zitás, la cual fué llevada á cabo el 19 de
julio por dos secciones que mandaban el mismo jefe de la
división, D. Juan José Méndez, y el teniente coronel Peni-
che (7).

Al mismo tiempo que la cuarta división avanzaba de una
manera tan rápida hacia el oriente de la Península, la pri-
mera verificaba en el Sur operaciones de igual importancia,
bajo la dirección de su jefe el coronel D. José Dolores Ce-
tina. Ya hemos dicho que esta división se había replegado
á la hacienda Uayalceh, después de la desocupación de Ticul
y de Sacalum, que trajo consigo la de Chapab, la de Muna
y otras poblaciones del partido. La fuerza fué dividida desde
luego en dos secciones, habiendo tomado el mando de la
primera el mismo coronel Cetina, y el de la segunda el te-
niente coronel D. Pablo Antonio González. Este se situó en
Sacalum el 31 de mayo, y al principio sólo tuvo que luchar
con las dificultades de falta de alojamiento y provisiones
de boca, que eran una consecuencia necesaria de la de-
solación en que los indios habían dejado el pueblo y sus
alrededores. Después fué atacado por los bárbaros; pero
los venció fácilmente, antes de que llegase una fuerza que
había salido de la hacienda Yuncú para auxiliarle.

(7) El mismo *Boletín*, desde el número 44 hasta el 57.

Ya en este tiempo el jefe de la división había terminado los preparativos que estaba haciendo para avanzar sobre los sublevados, y habiéndose trasladado á Sacalum con este objeto, se propuso atacar simultáneamente á Chapab y Ticul, debiendo operar en el primer punto la sección de González y en el segundo la suya. Ambas fuerzas emprendieron sus operaciones en la mañana del 7 de junio, y la de González comenzó á ser hostilizada un cuarto de legua antes de llegar al punto de su destino. Pero habiéndose apoderado sucesivamente de las trincheras del enemigo, entró en Chapab después de dos horas de combate, haciendo huir precipitadamente á sus defensores por los caminos de Ticul, Muna y Maní. Encontróse allí un buen acopio de víveres; pero como González no podía llevárselos todos consigo, hizo incendiar la mayor parte, para quitar este recurso al enemigo.

Cetina no fué menos feliz en sus operaciones. Cargaron sus fuerzas con ímpetu sobre los indios que ocupaban á Ticul, y éstos huyeron en dirección á Oxkutzcab, dejando en la plaza cincuenta cadáveres y otros muchos en los solares, que se encontraron después. Pero el jefe de la primera división había triunfado sobre un montón de ruinas. Las casas habían sido derribadas ó incendiadas, y cegados los pozos. Por esta causa, ó por alguna otra que ignoramos, Cetina volvió á acantonarse en Sacalum, juntamente con la sección de González, que se le reunió en Ticul en la tarde del mismo día en que se alcanzó este doble triunfo sobre los bárbaros (8).

Esta última sección fué destinada tres días después á atacar á los indios, que se habían reunido en gran número en Maní, con el objeto de operar sobre los cantones de Sacalum y Uyalceh. Pero González se les anticipó, cayendo súbitamente sobre la antigua corte de Tutul Xiu, á la cual atacó por tres direcciones distintas. Los bárbaros habían sido

(8) *Boletín oficial* números 22 y 23.

auxiliados con una fuerza que acababa de llegar de Peto, y con este motivo se defendieron con tenacidad por el espacio de tres horas; pero al cabo de éstas se dispersaron y huyeron, dejando un considerable botín en poder de los agresores. González se vió obligado á incendiar dos mil cargas de maíz, que no podía llevar consigo, y en la tarde emprendió su vuelta para Sacalum. Los indios, que en estos momentos habían recibido un refuerzo de los pueblos comarcanos, atacaron á la reserva, que se componía de 150 hombres; pero derrotados después de un pequeño tiroteo que costó la vida á varios de sus combatientes, aquella fuerza continuó su marcha sin ningún otro contratiempo (9).

El pueblo de Muna, que había sido desocupado en mayo, al mismo tiempo que Ticul, y recuperado poco después por una fuerza que mandaba D. Cándido González, comenzó á ser hostilizado por los indios á mediados de junio, acaso con el objeto de llamar la atención de la división de Cetina, que les causaba grandes estragos. El pueblo se defendió siempre con heroicidad; porque cada vez que era atacado, sus moradores se presentaban al jefe de la plaza para contribuir á su defensa. Cetina mandó un auxilio de 200 hombres al mando del capitán D. José María Avila, y aunque con este refuerzo fueron varias veces ahuyentados los agresores, siempre se refugiaban en las inmediaciones, para volver á la carga cuando menos se les esperaba. La cordillera que ciñe á Muna por el Sur, facilitaba mucho estas sorpresas.

Habiendo comprendido el jefe de la primera división que los indios de que venimos hablando sacaban principalmente sus recursos del pueblo de Santa Elena, situado al lado opuesto de la cordillera, tomó la resolución de atacarlo, con cuyo objeto se desprendió de Sacalum, con la sección de su mando, en la mañana del 8 de julio. Los bárbaros co-

(9) El mismo periódico, número 26.